

VIOLET: LA MUJER DE LAS ZAPATILLAS ROJAS

Rakel Luvre

Sinopsis

Antón es un joven millonario que siempre se ha regido por las buenas costumbres, intentando agradar a su padre y cumpliendo sus deseos. Cuando él y su hermano pequeño se enamoran de la misma mujer, su hermandad se rompe. Antón cegado por los celos y la envidia se niega a perdonarlo antes de que Aiko abandone el país. Ocho años después, arrepentido Antón va en busca de Aiko, solo para encontrarse con la noticia de que su hermano menor ha muerto y de que ha dejado desamparados a su esposa e hijo.

Antón atormentado por la culpa, busca resarcir sus errores con su hermano ayudando a su familia. Pero su deber como heredero lo pone en una encrucijada, pues su esposa al haber abortado a su hijo hace tres años quedó incapacitada para volver a concebir. Y para proteger al hijo de su hermano de caer en las manos de su propio padre hará pasar a su sobrino como su propio hijo y a Violet como su amante. Buscando así, el divorcio con Ayaka para casarse con Violet y darle una familia a su sobrino.

¿Qué pasará cuando Violet se niegue la proposición de Antón? Y si Antón comienza a enamorarse de Violet, ¿cómo hará para que ella decida darse una segunda oportunidad? ¿Y qué pasará cuando ella se dé cuenta de que Antón es el hombre misterioso del

que se enamoró, mucho antes de haber conocido a su esposo?

Capítulo 1

31 de diciembre del 2014 a las 11:58PM.

Antón miraba desde el balcón de su suite, el juego de luces neon de los bares y casinos que daban vida a la ciudad de las Vegas por la noche. A pocos minutos de ser un nuevo año se sentía solo y melancólico.

Pensaba en su hermano menor y su padre, que estaban al otro lado del mundo esperando su regreso.

Podía imaginar escucharlos discutir como si estuvieran al otro lado de la habitación. Aun cuando la gente pudiera pensar que su padre no amaba a su hijo pequeño por las constantes riñas y presión que ejercía sobre Aiko, Antón podía jurar que su padre amaba con locura al muchacho. Y él también lo amaba. Pues su hermano menor era la viva imagen de su madrastra, la mujer que lo había cuidado con apenas unos meses de edad, hasta el día en que ella murió.

Su verdadera madre lo abandonó —o vendido, era la palabra correcta, pues lo había cambiado por dos millones de dólares y su libertad—. Él, el heredero del hombre más poderoso de Japón no había significado nada para su madre. Más sí lo hizo para la segunda esposa de su padre quien lo amó y cuidó como si hubiera sido su propio hijo. Lamentablemente, Marina, su madrastra, murió dando a luz a su medio hermano.

Y por eso, se había jurado que no se casaría por conveniencia sino por amor, pues al conocer las dos caras de la moneda se negó a revivir la experiencia desde el punto de vista de su padre. Quería amar a su esposa y que ella lo amara para que sus hijos no vivieran el dolor de tener a una madre que le importara más el dinero y su libertad que ellos.

Dos suaves toques se escucharon sobre la puerta de madera de su suite. Su voz profunda dio el "siga" a la persona del otro lado de la habitación. Cuando ella entró y pudo escuchar el sonido de las zapatillas de la joven mujer sobre el mármol de su habitación; su tristeza y melancolía por el aniversario de la muerte de su madrastra se desvaneció. Dando lugar al deseo que se había despertado por la mujer hace un par de horas, cuando la vio bailar en el club nocturno donde sus socios y él festejaban la fusión de sus compañías, creando una extensión de esta más fuerte y letal.

La mujer que ahora estaba detrás de él acarició su espalda en un intento de seducirlo, pero Antón no necesitaba de un juego previo, el deseo que recorría sus venas a través de su sangre reclamaba ser extinguido de una sola vez. Se dio la media vuelta y se encontró con que ella llevaba el mismo antifaz con la que la vio bailar. No le importó en realidad, pues fue su cuerpo el que lo sedujo y no su rostro. Antón no necesitaba verlo, no era el rostro de la mujer el que quería follar con desespero. Sus piernas largas y delgadas, así como sus pequeños pechos habían sido los causantes de su erección y de la obsesión por poseerlos.

La joven llevaba una gabardina negra que él no perdió el tiempo en abrir, encontrándose de esa forma, su piel desnuda debajo de la prenda. Solo unas medias negras cabrían sus piernas hasta la

mitad de su muslo y las zapatillas rojas que le daban altura y, una buena postura y personalidad seductora. Por lo demás, estaba desnuda.

Arrebató la gabardina de sus hombros dejándola caer al piso. No la besó porque no acostumbraba a hacerlo. Mucho menos con una prostituta. Tampoco era muy dado a pagar por sexo, pero en ocasiones como esa valía mejor estar con una mujer pagada que con una que iba a darle problemas a largo plazo. No tenía la intención de casarse o comprometerse con una mujer que a la primera cita se acostara con él.

La cargó y por pura inercia ella enredó sus piernas en la cintura de Antón, él recargó la espalda de la mujer sobre el frío cristal del ventanal y llevó su boca hacia la piel blanca del largo cuello de la joven. Lo mordió suavemente lo que provocó que la díscola soltara un gemido suave. Sus brazos ahora estaban sobre los hombros de Antón y sus pequeñas y delicadas manos acariciaban el cabello negro de él.

Antón desabrochó su pantalón y bajó la cremallera con una sola mano, mientras que con la otra abrazaba la pequeña cintura de su amante. Tomó su miembro erecto y luego la penetró. Con una sola estocada entró en lo más profundo de la joven.

Ella le había costado 10,000 dólares; y ciertamente no se había molestado en preguntar por el alto costo en ese momento, aunque ahora se daba cuenta del porqué. Ella era virgen. La joven había gritado de dolor por la vulgar invasión a su cuerpo. A pesar de estar húmeda, era evidente que no esperaba sentirse desgarrada.

Antón se había quedado quieto al escucharla maldecir. Él que era extranjero no dijo una palabra de consuelo pues no era necesario, al parecer ella

creía que no podía entenderla y prefería mantenerse así.

—¡Mierda! ¡Duele como el maldito infierno! —la escuchó maldecir.

Lo que si era verdad es que la joven le gustaba lo suficiente como para simplemente satisfacerse así mismo. Tampoco era un hombre cruel o egoísta con sus amantes y aunque pagara por su cuerpo esa noche, quería que la mujer que había despertado en él la ardiente pasión esa noche disfrutara tanto como para nunca olvidar a su primer cliente sexual.

Y aunque se preguntó si también la recordaría se dijo así mismo que no lo haría. Porque ella no era más que una prostituta que acabaría como todas las mujeres de su clase, muertas en un callejón oscuro ya sea asesinadas por su chulo o por una sobredosis y si el destino era generoso, acabaría siendo una vieja prostituta barata que una vez un rico magnate se llevó su virginidad por 10,000 dólares.

Capítulo 2

Habían pasado diez años desde que Antón viajó a Estados Unidos, recuerda que en aquella ocasión lo hizo por negocios. Ahora viajaba para reencontrarse con su hermano menor.

Aiko se había marchado de casa tan solo ocho años atrás. Si Antón hubiera sabido que Aiko esa vez no volvería con el rabo entre las patas a casa, lo hubiera ido a despedir al aeropuerto como se lo pidió el mismo Aiko. Pero su orgullo herido y sus celos lo cegaron y no miró a su hermano a la cara ni le dirigió la palabra cuando este lo buscó para

intentar arreglar las cosas entre los dos. Luego fue a despedirse sabiendo que Antón no iría al aeropuerto.

Después de ocho años y de muchos intentos fallidos por encontrarlo a petición de su padre y muy secretamente también por él; Aiko, volvió a dar señales de vida con un mensaje de correo electrónico. Un mensaje demasiado críptico para su gusto, pero que no dio indicios para iniciar una charla ni nada más por correo electrónico. Cuando Anton se dio cuenta de que Aiko no respondería sus mensajes, le confesó a su padre sobre el mensaje de Aiko. Su padre, le exigió traerlo de vuelta a como diera lugar.

Cuando el avión aterrizó y Antón sano y salvo, se atrevió a salir de ahí lo más rápido que pudo, esperó pacientemente en la fila para recoger su equipaje y cuando por fin pudo salir del aeropuerto, tomó un taxi y exigió que lo llevara a la dirección que aparecía en el remitente del correo de su hermano.

Ciertamente, no esperaba que fuera en una de las zonas más pobres de la ciudad.

—Señor, no es de mi incumbencia, pero tal vez debería quitarse el reloj de oro que lleva en su muñeca, pues la zona a la que nos dirigimos no es de las más seguras en la ciudad. —aconsejó el chofer del taxi cuando el brillo del reloj de oro se reflejó en su espejo retrovisor.

Antón asintió en agradecimiento antes de quitarse el reloj y guardarlo dentro del bolsillo oculto de su abrigo.

Durante el viaje observó con detenimiento la zona en la que estaba viviendo su hermano pequeño, un joven rico que nunca sufrió penurias ni hambre. Y comprendió, porque de pronto lo había contactado,

seguramente estaba en problemas y él no estaba dispuesto a juzgarlo.

Después de todo, Aiko, siempre tuvo la razón. Y él no debió ignorar su advertencia. Ayaka, su ahora esposa, era una mujerzuela cruel y ambiciosa que los había separado. Ya que mientras él la cortejaba para tomarla en matrimonio, con un respetuoso noviazgo, ella seducía a Aiko jurándole que solo estaba saliendo con él por órdenes de sus padres. Pero Aiko, ese niño perspicaz, entendió que ella no daría marcha atrás a su matrimonio con su hermano.

—Señor, hemos llegado.

Antón pagó lo indicado al taxista y bajó del vehículo con su maleta bajo la mirada astuta de un grupo de hombres que estaba bebiendo en la escalinata del edificio en donde se suponía estaba Aiko.

Entró al edificio sin mirar al grupo de hombres que claramente estaban decidiendo si debían ir o no detrás de él, pero que al verlo a la cara dudaron. Tal vez, después de todo, lo reconocían como un posible familiar de su hermano. Se preguntó la relación de Aiko con esos malhechores.

Subió al elevador y marcó el número 4 que era el piso que marcaba la dirección. Piso 4 departamento 6. Un hombre alto y con sobre peso detuvo las puertas del asesor antes de que estas se cerraran. El obeso, apestaba a sudor y hierba. Y antes de que Antón se sintiera lo suficientemente asqueado como para vomitar sobre los zapatos del gordo, este se bajó en el piso 2.

Antón bajó en el piso 4 y comenzó a buscar la puerta con el número marcado como 6. Cuando la encontró le atrajo la atención los gritos y golpes que se escuchaban a dos puertas del número seis. Antón tocó

el timbre dos veces antes de que una mujer del departamento en donde se escuchaba la discusión saliera. Ella tenía el rostro mallugado y los gritos y maldiciones hacia la que parecía su pareja no pararon hasta que ella se percató de su presencia. Mirándolo de pies a cabeza ella solo atino a decirle antes de que saliera corriendo que:

-El timbre no sirve. Debe tocar con la mano. ¿Comprende? Con la mano. Ella le hizo señas con sus manos, creyendo que él no hablaba su idioma.

Cuando ella desapareció detrás de las puertas del ascensor. Antón dio dos sueves toques a la puerta con su puño.

Una mujer joven, de cabello rubio y hermosos ojos azules, abrió la puerta. Ella, claramente tenía un rostro juvenil, como el de una niña que estaba entrando en la adultez, era pequeña y delgada, y sus facciones finas. Era bonita, cierto, pero carecía de elegancia en sus movimientos y educación.

Ella parecía estar luchando con algo por lo que Antón bajó la mirada a los brazos de la joven. Ella estaba amamantando a su bebé. Antón apartó la mirada y la puso directo a los ojos azules y profundos de la chica.

-Buenas tardes, busco a Aiko Takahashi.

Ella abrió los ojos muy grandes en reconocimiento del nombre de su hermano.

-Disculpe, señor, ¿usted es Atón Takahashi?

-Sí, así es. ¿Dónde está mi hermano?

-Él... ammm... él está... -La joven parecía tener las palabras atoradas en la garganta. Por lo que balbuceaba tratando de decir algo.

En ese momento el grasiento hombre del elevador apareció enfurecido, dando grandes zancadas hacia ellos.

—¡Oye tú, Violet! ¡Págame la renta! —gritó a escasos centímetros de sus rostros, al hombre grasiento le gustaba intimidar a la gente.

La joven llamada Violet, palideció en un instante.
—Víctor, por favor, no es el momento. ¿Puedo verte más tarde?

—¡Puedo verte más tarde! ¡Puedo verte más tarde! ¿Crees que soy imbécil? Dijiste que pagarías ayer, y no lo has hecho. ¿Qué te crees, perra? Hazle una mamada a este niño bonito y que te pague lo de mi renta.

Capítulo 3

—¡Puedes callarte, Víctor! Que no ves que este hombre es el hermano de Aiko. ¿Por qué eres tan cruel?

—Ah pues mejor aún, no tendrás que estar de rodillas tanto tiempo. Llévatelo a la cama entonces. Puedo esperar aquí, siempre es divertido oír a una zorra gemir.

—Disculpe, caballero, pero la señora ya dijo que regrese después —dijo Antón cansado de escuchar al hombre asqueroso y vulgar.

-¿Señora? ¿Señora esta puta?

Antón tomó del cuello al hombre y lo azotó hacia la pared contraria del pasillo.

-Alto, alto, por favor, señor Antón...

Violet, intentó separar a Antón de Víctor sin éxito, pero cuando Antón escuchó al niño de la mujer llorar, retomó la compostura.

-Gracias -agradeció Violet.

Víctor tosió un par de veces antes de poder tomar aire. Antón lo había estado asfixiando.

-Volveré más tarde, Violet, pero si no tienes el dinero, te echaré a la calle esta noche. ¿Comprendes?

-Sí, señor, se lo agradezco.

Mientras Violet miraba partir a Víctor, Antón observó a la mujer de pies a cabeza. Ella lo hizo acompañarla hasta su departamento. Y cuando entraron, Antón no se sorprendió al ver el mal estado de los pocos muebles del departamento, tampoco se sorprendió al ver las paredes desgastadas y el vidrio roto de la ventana de la pequeña estancia.

Violet, claramente, había estado ordenado el pequeño departamento antes de que hubiera comenzado a amamantar a su hijo, pues había ropa de bebé limpia y bien doblada sobre el único sofá del departamento. Ella hizo a un lado la ropa devolviéndola a un cesto y tener espacio para que se sentara Antón.

-Por favor, señor Antón, tome asiento -invitó amablemente Violet. Ella parecía muy nerviosa y apenada. Antón detectó la vergüenza que sentí por sí misma.

-Preferiría que me dijera a dónde puedo encontrar a mi hermano.

-Lo siento, es que... -Violet no sabía cómo darle la noticia a Antón de que su hermano estaba muerto. Ella lo miró bien por primera vez, era más alto que su esposo y se notaba a kilómetros que tenía mal genio, podría decir que cero paciencia.

-¿Qué? -Gritó Antón desesperado.

-Por favor, siéntese.

Violet le dio la espalda y se dirigió hacia la única recámara del departamento y que no tenía puerta. La vio cuando recostó al niño que entre el ir y venir de su madre se había quedado dormido en sus brazos. Ella lo recostó en la cama y mientras le colocaba cojines a su alrededor Antón dejó su maleta en el piso y tomó asiento. Violet llegó un momento después.

-Gracias, por ayudarme con el señor Víctor. ¿Le gustaría tomar un café?

Antón la miró de pies a cabeza lo que provocó que ella se sintiera muy pequeña. Cuando el fijó la vista a la altura de su pecho, recordó que no llevaba sostén y que su playera era blanca, por lo que podría estar dándole una gran vista a sus senos que no dejaban de drenar leche materna. Ella fijó la mirada hacia donde él la había tenido antes de que mirara hacia los alrededores del departamento para no mirar su cuerpo.

Violet se dio cuenta de lo transparente que se veía su playera mojada. Por lo que tomó un suéter de la silla del comedor y se lo puso. Cruzó sus brazos alrededor de ella y se sentó en la silla con las piernas cerradas. Por un momento, a Antón le pareció una pequeña niña asustada y desamparada. Como un animalito abandonado.

-¿Y bien? ¿Me va a decir al fin dónde está mi hermano o no?

Ella lo miró a los ojos y lo que Antón vio en ellos fue devastación.

-Aiko, murió hace dos meses.

De todo lo que ella pudo haber dicho, Antón, no pudo imaginarse nada como eso.

Él se quedó mirando a la mujer un momento a la cara, a sus ojos. Buscando un indicio de mentira. No la encontró. Sus ojos brillosos como sus manos temblorosas y la tristeza profunda que emanaba, era la pura verdad. Su hermano estaba muerto...

-¿Muerto?... -susurró tragándose el nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarlo.

-Sí. Lo siento, él...

-No puede ser... Yo recibí un email de él apenas hace una semana. Quería que yo viniera hasta aquí. ¿por qué miente?

-No, no fue él. Yo envié el mensaje. Lo siento si lo hice confundir. Aiko me enseñó solo un poco de Japones. Yo... estaba... estoy todavía conmocionada, y tampoco lo puedo creer. A veces yo... siento que si miro a cualquier parte de este lugar lo veré... Y...

-¿Quién es usted y por qué envió el mensaje?

-Lo envié porque... sé que Aiko pensaba mucho en usted y su padre.

Violet se levantó de la silla y caminó hacia el mueble donde debería haber una televisión, más lo único que los ojos de Antón encontraron fue dos cajas de madera. Violet tomó una y caminó de regreso hacia él.

-Son parte de las cenizas de Aiko. Espero que no le moleste que me quede con otra parte. Pero quiero que el hijo de su hermano tenga algo de su padre.

Anton se puso en pie de inmediato.

-Usted es...

Anton ya lo sospechaba, la identidad de la mujer, sin embargo, no podía ponerle nombre a la relación que tuvo su hermano con esa mujer que parecía tan poca cosa para Aiko. Por un momento se preguntó si ella estaba mintiendo, si acaso era una estrategia para conseguir algo. ¿Y si su hermano no estaba muerto y solo había estado fingiendo que lo conocía para estafarlo?

-Violet Takahashi, esposa de su hermano. Y el niño que tenía entre mis brazos es el hijo de Aiko, su sobrino.

Antón miró hacia la recámara, sus ojos buscaron al niño de inmediato, Violet le tendió la pequeña caja donde venían las cenizas de Aiko. Al levantar la mano para sujetar las cenizas. Las acercó a su pecho abrazándolas. Sin querer creer lo que ella le decía y a la vez sabiendo la verdad.

-Su esposa e hijo...